

¿Lactancia natural o artificial?

¿Lactancia natural o artificial? Los pediatras de todo el mundo están de acuerdo en que la mejor manera de alimentar a una criatura es el seno de la madre, siempre, naturalmente, que ésta tenga leche y buena salud. Especialmente en los países subdesarrollados, la leche materna es una salvaguardia tanto desde el punto de vista nutritivo como higiénico: ella aporta al niño las proteínas más digeribles y contiene todas las vitaminas y factores de crecimiento necesarios.

Recientemente se descubrió que el lactobacillus bifidus, existente normalmente en la leche materna, se opone a la penetración de gérmenes patógenos más allá del estómago. Así impide la multiplicación de ciertos gérmenes intestinales malignos para el bebé. Pero quizá el factor de mayor importancia sea el de la higiene. En un país tropical de América Latina, por ejemplo, por malas que sean las condiciones de vida, el seno materno es siempre más limpio que los biberones.

Muchas veces, la madre no tiene el hábito o las posibilidades de hervir el biberón, o éste cae al suelo. Las manos que tocan el biberón no siempre están limpias. Las moscas lo persiguen. Muchas veces hay poca agua, y la que existe está contaminada por bacilos disintéricos o por amebas. Y frecuentemente es la propia leche artificial, la leche en polvo, la que ya está malograda por los hongos, el tiempo, el calor o la humedad.

Consecuencia: cada chupada al biberón representa un batallón de gérmenes que pasa al organismo de la criatura. En la más reciente estadística realizada por el Centro Internacional de la Infancia se expresa bien clara esta realidad: en los países del Tercer Mundo, el porcentaje de muertes en el primer año de vida es superior en las criaturas nutridas con biberón que en las amamantadas por la madre.

Esto muestra hasta qué punto fueron perniciosas para los países del Tercer Mundo, y especialmente para América Latina, las campañas de distribución de leche en polvo realizadas por la Alianza para el Progreso, Alimentos para la Paz y otros organismos similares. La consecuencia fue la deformación de las tradiciones alimenticias de los pueblos pobres, que, mal que bien, mantenían cierto equilibrio en el organismo humano. Otra consecuencia fue la creación de falsas necesidades: la madre del pueblecito lejano recibía una vez una lata de leche

en polvo que le era presentada como un alimento milagroso para la flaqueza de su bebé; cesaba de alimentarlo con su seno, y luego debía procurarse en la farmacia la misma lata de leche en polvo, pero esta vez pagando, y pagando un precio fuera de su alcance. Se ha creado así un hábito de consumo que se va a repetir en los hijos siguientes.

En muchos países del Tercer Mundo, las autoridades sanitarias están sinceramente convencidas de la superioridad de la leche materna sobre la leche artificial. Llegan incluso a hacer campañas en este sentido, aunque el resultado no sea muchas veces el esperado.

Mientras tanto, cuando la madre va al centro de salud, ve sus instalaciones literalmente decoradas con carteles de publicidad persuasiva, con vivos colores, con madres sonrientes, bien peinadas y juveniles, ofreciendo el biberón de una lata cualquiera a un bebé gordito y feliz...

En varios países del Tercer Mundo, los servicios de salud dan prueba de la más grande ingenuidad —en algunos casos de complicidad— al no comprender que los monopolios los utilizan como agentes de publicidad gratuitos... Muy frecuentemente se va a una enfermera de un centro de salud, cansada y sobrecargada de trabajo, cumplir órdenes de su ministerio intentando inculcar en las madres presentes los principios básicos de nutrición del niño en una sala llena de publicidad de leche en polvo. A la salida, estas madres reciben flamantes prospectos en colores y regalos de los monopolios productores de leche en polvo, tales como calendarios, biberones y muestras gratuitas.

Pero las empresas productoras utilizan otros recursos además de la persuasión de las mujeres del pueblo. Tales son, por ejemplo, la concesión de premios y becas a los pediatras, el apadrinamiento de congresos médicos, la publicidad bien pagada que mantienen revistas médicas...

Esta situación puede cambiar, y muchos países tienen una sincera intención de cambiarla. Así ocurrió, por ejemplo, en Cuba después de la Revolución, cuando la extensión de una red de servicios de salud en las regiones rurales se llevó a cabo paralelamente a una bien realizada campaña en pro de la lactancia natural. El resultado no pudo ser más halagador: Cuba es hoy el país con menos mortalidad infantil en América Latina. ■ DAVID LERER.

Sin novedad

Tal como suponíamos en nuestro reciente comentario a las elecciones colombianas, la lucha por el triunfo se ha establecido entre los dos partidos históricos, el Liberal y el Conservador, con victoria final de Alfonso López, el representante del primero. Acaso constituya cierta sorpresa la amplia ventaja que el electo Alfonso López ha conseguido sobre Alvaro Gómez, coreado días atrás por la prensa conservadora como seguro vencedor. Ventaja que cobra una especial significación si consideramos el alto porcentaje de abstenciones, cuya abrumadora mayoría pertenece a sectores de la izquierda. Es decir, que pese a contar la extrema derecha con un candidato prácticamente único, frente a la división de lo que, en un sentido amplio, podríamos entender por izquierda, no ha conseguido ganar las elecciones.

El año 1974 ha sentenciado, como presumíamos, la muerte de la ANAPO, el partido de Rojas Pinilla, primerísima fuerza política del país hace muy poco tiempo. Inútilmente, la hija del ex dictador, María Eugenia Rojas, ha intentado que su apellido aglutinara a los seguidores del general. Como tantos movimientos desarrollados en torno a una personalidad, la desaparición de la misma ha supuesto, a corto plazo, la descomposición y liquidación del movimiento. Máxime si, como suele ocurrir en estas corrientes asentadas en el culto a la personalidad, detrás hay ideologías y actitudes contradictorias. Rojas Pinilla, dictador arrojado por la burguesía liberal, consiguió, como Pérez Jiménez en Venezuela, dejar esa imagen populista que enmascara la realidad de tantas gestiones de signo fascista. A los sectores populares que viven en las peores condiciones materiales y carecen de conciencia política, siempre ha sido fácil embaucarlos con un poco de demagogia. El hecho es que la ANAPO ha sufrido un durísimo quebranto y que, dentro del juego demócrata, se queda muy por detrás de los viejos partidos.

En cuarta posición aparece el nombre de Hernando Echeverri, el defensor de una posible Unidad Popular colombiana. Representaba a la Unión Nacional de Oposición, nacida como rechazo del dudoso izquierdismo de Alfonso López y como voluntad de repetir en Colombia una victoria similar a la de Allende. Los votos a Hernando Echeverri —122.883, frente a los 447.186 de la ANAPO, 1.413.312 del Partido Conservador y 2.646.218 de los liberales—, sin duda, una consecuencia de lo sucedido en Chile. Muchos latinoamericanos piensan que cada país vive su proceso específico, sin que deban sacarse reglas generales de lo que ocurre en cada uno. Otros muchos, sin embargo, dentro de la creciente idea de "latinoamericanidad", tienden a considerar que, con sus matices y etapas, el proceso es prácticamente uno, por dirimirse entre las mismas fuerzas. ¿Qué razón hay —se preguntan quienes así piensan— para que en Colombia fuera posible lo que no ha sido en Chile? ¿Acaso no existe una oligarquía afín en conexión con las mismas empresas norteamericanas o multinacionales?

Es obvio que son muchos los que piensan así en Colombia. En nuestro comentario previo hablábamos del cansancio, de la decepción, políticos, de un amplio sector colombiano, eternamente defraudado y marginal. Los términos de la caída de Allende deben de haber subrayado este sentimiento de impotencia y, por tanto, aumentado el número de las abstenciones.

¿Votar, para qué?, sería la pregunta. Una pregunta que pronto el cauteloso candidato ganador tendrá que demostrar si estaba o no justificada. ¿Qué hará Alfonso López en el poder? ¿Hasta dónde será controlado por la derecha del Partido Liberal y hasta dónde atenderá las demandas de cuantos vieron en él un reformista que podía mejorar determinados aspectos de la realidad popular colombiana?

Su campaña ha tenido algo de zigzagueante, siempre a la izquierda de Alvaro Gómez, siempre dispuesto a recortar de su imagen cualquier asomo de radicalismo.

¿Seguirá todo fundamentalmente igual? Es más que probable. La elevadísima cifra de abstenciones indica, al menos, que eso es lo que muchos creen. Que no valía la pena entrar en un juego sin verdaderas alternativas. En un juego que sólo afecta a una pequeña parte del país.

Digamos, finalmente, que el quinto candidato fue Hermes Duarte, de la Democracia Cristiana, con sólo 5.613 votos. Fracaso que —después de la derrota de Copei, la Democracia Cristiana venezolana, en las recientes elecciones de aquel país— reafirma el flagrantísimo servicio que los democristianos chilenos han hecho a todos sus correligionarios del continente. Por muchas o pocas que sean las tensiones posteriores, la asociación entre la Junta Militar y la Democracia Cristiana es inevitable. Y esta asociación descalifica, al menos de momento, a la Democracia Cristiana como fuerza demócrata, como partido que acepta las "reglas del juego". ■ JOSE MONLEON.